

ANTONIO ROYO MARIN

EL GRAN
DESCONOCIDO

El Espíritu Santo y sus dones

(Reimpresión)

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MMX

Primera edición: diciembre de 1972 (ISBN: 84-220-0405-4)

— *segunda impresión:* diciembre de 1973

— *tercera impresión:* noviembre de 1975

— *cuarta impresión:* mayo de 1977

— *quinta impresión:* marzo de 1981

— *sexta impresión:* agosto de 1987

Segunda edición: mayo de 1997 (ISBN: 84-7914-303-7)

— *segunda impresión:* junio de 1998

— *tercera impresión:* junio de 2002

— *cuarta impresión:* julio de 2004

— *quinta impresión:* mayo de 2010

A la Inmaculada Virgen María,
esposa fidelísima del Espíritu Santo
y ejemplar acabadísimo de
pfección y santidad

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2010
Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid
Tel. 91 309 08 62
www.bac-editorial.com

Depósito legal: M. 19.659-2010

ISBN: 978-84-7914-303-9

Impreso en España por Fareso, S. A. Printed in Spain

Diseño de cubierta: BAC

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULOS:	
1. El Espíritu Santo en la Trinidad	13
2. El Espíritu Santo en la Sagrada Escritura ...	20
3. Nombres del Espíritu Santo	25
4. El Espíritu Santo en Jesucristo	34
5. El Espíritu Santo en la Iglesia	52
6. El Espíritu Santo en nosotros	61
7. Acción del Espíritu Santo en el alma	90
8. El don de temor de Dios	111
9. El don de fortaleza	128
10. El don de piedad	142
11. El don de consejo	154
12. El don de ciencia	163
13. El don de entendimiento	177
14. EL don de sabiduría	190
15. La fidelidad al Espíritu Santo	209
INDICE ANALÍTICO	231

INTRODUCCION

La primera vez que San Pablo llegó a Atenas, entre los innumerables ídolos de piedra que llenaban calles y plazas y que arrancaron al satírico Petronio su famosa frase de «ser más fácil encontrarse en esta ciudad con un dios que con un hombre»¹, le llamó poderosamente la atención un altar con la siguiente inscripción: «Al Dios desconocido», lo que le dio pie y ocasión para su magnífico discurso en el Areópago: «Ese Dios, al que sin conocerle veñeráis, es el que vengo a anunciaros» (Act 17,23).

Más tarde, al llegar de nuevo el gran Apóstol a la ciudad de Efeso, halló algunos discípulos que habían aceptado ya la fe cristiana y les preguntó: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?» Ellos le contestaron: «Ni siquiera hemos oído si existe el Espíritu Santo» (Act 19,1-2).

Aunque parezca increíble después de veinte siglos de cristianismo, si San Pablo volviera a formular la misma pregunta a una gran muchedumbre de cristianos, obtendría una respuesta muy parecida a la tan desconcertante que le dieron aquellos primeros discípulos de Efeso. En todo caso, aunque les suene materialmente su nombre, es poquísimos lo que saben de El la inmensa mayoría de los cristianos actuales.

Creemos oportuno, ante todo, exponer los principales motivos y las tristes consecuencias de este lamentable olvido de la persona adorable del Espíritu Santo².

¹ PETRONIO, *Satiricón* 17.

² Cf. ARRIGHINI, *Il Dio ignoto* (Turín 1937). Recogemos aquí las principales ideas de la introducción.

a) Falta de manifestaciones

El primer motivo de la general ignorancia en torno a la tercera persona de la Santísima Trinidad obedece, quizá, a sus propias manifestaciones muy poco sensibles y, por lo mismo, muy poco perceptibles para la inmensa mayoría de los hombres.

Se conoce bastante bien al Padre, se le adora y se le ama. ¿Cómo podría ser de otra manera? Sus obras son palpables y están siempre presentes a nuestros ojos. La magnificencia de los cielos, las riquezas de la tierra, la inmensidad de los océanos, el ímpetu de los torrentes, el rugir del trueno, la armonía maravillosa que reina en todo el universo y otras mil cosas admirables repiten continuamente, con soberana elocuencia y al alcance de todos, la existencia, la sabiduría y el formidable poder de Dios Padre, Creador y Conservador de todo cuanto existe.

Conocemos, adoramos y amamos inmensamente también al Hijo de Dios. Sus predicadores no son menos numerosos ni elocuentes que los de su Padre celestial. La historia tan conmovedora de su nacimiento, vida, pasión y muerte; la cruz, los templos, las imágenes, el cotidiano sacrificio del altar, sus numerosas fiestas litúrgicas recuerdan a todos continuamente los diferentes misterios de su vida divina y humana; la eucaristía, sobre todo, que perpetúa su presencia real, aunque invisible, en esta tierra, hace converger hacia El el culto de toda la Iglesia católica.

Pero con el Espíritu Santo ocurren muy diversamente las cosas. Aunque es verdad que, como dice admirablemente San Basilio y como veremos ampliamente a través de estas páginas, «todo cuanto las criaturas del cielo y de la tierra poseen en el

orden de la naturaleza y en el de la gracia, proviene de El del modo más íntimo y espiritual»³, la santificación que obra en nuestras almas y la vida sobrenatural que difunde por todas partes escapan en absoluto a la percepción de los sentidos. Nada más visible que la creación del Padre y nada más oculto que la acción del Espíritu Santo.

Por otra parte, el Espíritu Santo no se ha encarnado como el Hijo, no ha vivido ni conversado visiblemente con los hombres. Sólo tres veces se ha manifestado bajo un signo sensible, pero siempre secundario y pasajero: en forma de paloma sobre Jesús al ser bautizado en el río Jordán, de nube resplandeciente en el monte Tabor y de lenguas de fuego en el cenáculo de Jerusalén. A esto se reducen todas sus teofanías evangélicas, y ninguna otra, al parecer, ha tenido lugar a todo lo largo de la historia de la Iglesia; por lo que sabiamente prohíbe la misma Iglesia representarlo bajo cualquier otro símbolo. Los artistas no disponen aquí de variedad de posibilidades representativas: sólo dos o tres símbolos, y éstos bien poco humanos y nada divinos, son los únicos que pueden ofrecer a la piedad de los fieles para conservar la memoria de su existencia y sus inmensos beneficios.

b) Falta de doctrina

Otro de los motivos del gran desconocimiento que del Espíritu Santo y de sus operaciones sufren los fieles, y aun el mismo clero, depende de la escasez de doctrina, debida, a su vez, a la escasez de buenas publicaciones antiguas y modernas en torno a la misma divina persona:

³ SAN BASILIO, *De Spiritu Sancto* c.29 n.55.

«¡Cuántas veces—escribe conforme a esto monseñor Gaume⁴—hemos oído lamentarse a nuestros venerables hermanos en el sacerdocio de la penuria de obras en torno al Espíritu Santo! Y, por desgracia, sus lamentaciones son demasiado fundadas. De hecho, ¿cuál es el tratado del Espíritu Santo que se haya escrito en muchos siglos?... E incluso las enseñanzas de la teología clásica sobre este asunto suelen reducirse a algunos capítulos del tratado de la Trinidad, del credo y de los sacramentos. Todos convienen en que estas nociones son del todo insuficientes. Y en cuanto a los catecismos diocesanos, que necesariamente son todavía más restringidos que los manuales de teología elemental, casi todos se limitan a algunas definiciones. No puede menos de convenirse, con vivo sentimiento, que incluso en las primeras naciones católicas la enseñanza sobre el Espíritu Santo deja muchísimo que desear. ¿Quién creería, por ejemplo, que entre tantos sermones y panegíricos de Bossuet no se encuentra ni uno solo en torno al Espíritu Santo, ni uno solo en Masillon y apenas uno en Bourdaloue?

Es verdad que el medio de llenar esta laguna tan lamentable sería el recurso a los Padres de la Iglesia y a los grandes teólogos del Medievo, pero ¿quién tiene tiempo y posibilidad de hacerlo? De aquí proviene una extrema dificultad para el sacerdote celoso, tanto para instruirse a sí mismo como para enseñar a los otros.»

Y de lo poco que en general saben los maestros se puede deducir lo que sabrán los discípulos. Algunas breves y abstractas nociones, que dejan en la memoria palabras más que ideas, constituyen la instrucción de la primera infancia. Con ocasión del sacramento de la confirmación llegan a ser, es verdad, un poco más extensas y completas; pero, por una parte, la edad todavía demasiado tierna impide sacar el debido provecho y, por otra, se continúa en el terreno de las abstracciones. Bajo la palabra del catequista, el Espíritu Santo no toma cuerpo, no llega a ser persona, Dios mismo; y no

⁴ MONSEÑOR GAUME, *Tratado del Espíritu Santo*.

sabiendo qué decir de su íntima naturaleza, se pasa a hablar de sus dones. Pero incluso éstos, siendo como son puramente espirituales e internos, no son accesibles a la imaginación ni a los sentidos. Grandes, pues, la dificultad de explicarlos y mayor aún la de hacerlos comprender. En la enseñanza ordinaria no se les muestra con claridad, ni en sí mismos, ni en su aplicación a los actos de la vida, ni en su oposición a los siete pecados capitales, ni en su necesaria concatenación para la vida sobrenatural del hombre, ni como coronamiento del edificio de la salvación. Por eso enseña la experiencia que, de todas las partes de la doctrina cristiana, la menos comprendida y la menos apreciada es precisamente la que debería serlo más, ya que—y esto lo sabe y comprende todo el mundo—conocer poco y mal la tercera persona de la Santísima Trinidad es conocer poco y mal este primero y principalísimo misterio de nuestra santa fe, sin el cual es imposible salvarse.

c) Falta de devociones

Un tercero y grave motivo concurre con los precedentes a mantener el lamentable estado de cosas que estamos denunciando: la escasez de devociones, funciones y fiestas en torno al Espíritu Santo, mientras se van multiplicando sin cesar sobre tantas otras cosas.

Ciertamente, todas las devociones aprobadas por la Iglesia son muy útiles y santas, y hemos de admirar y alabar a la divina Providencia, que las ha ido suscitando de acuerdo con las varias exigencias de la vida religiosa y social. Algunas de ellas son del todo indispensables para el verdadero cristiano, tales como a la pasión del Señor, al Santísimo Sacramento, a la Virgen María, etc. Jesús mismo y

su santa Madre se han complacido en revelarnos la importancia y las ventajas de algunas de esas devociones relativas a ellos mismos, tales como la del Sagrado Corazón y la del santísimo rosario. Pero todo esto no debería disminuir o hacernos olvidar una devoción tan importante y fundamental como la relativa al Espíritu Santo. Esta es la que habría que fomentar intensamente sin disminuir aquéllas.

La misma fiesta de Pentecostés, que en el rito litúrgico sólo tiene igual con las solemnísimas de Pascua y de Navidad—lo que significa la importancia extraordinaria que la santa Iglesia concede a la devoción a la tercera persona de la Santísima Trinidad—, no se celebra ordinariamente con el esplendor y entusiasmo que fuera de desear. Mientras en las otras dos solemnidades del año litúrgico, Navidad y Pascua, se nota claramente una adecuada correspondencia por parte de los fieles del mundo entero, la solemnidad de Pentecostés pasa completamente inadvertida, como si se tratase de una dominica cualquiera. Es un hecho indiscutible que se repite año tras año.

De este modo va transcurriendo casi todo el año sin una conveniente celebración del Espíritu Santo. Los cristianos reflexivos se maravillan y afligen, con toda razón.

Lo peor de todo es que la gran mayoría de los fieles ni siquiera se da cuenta de este inconveniente tan grande y no se acuerda que en el Dios que adora existe una tercera persona que se llama Espíritu Santo. ¿Cómo podría ser de otra manera, si casi nunca oyen hablar de este Dios, y al que no ven comparecer jamás sobre nuestros altares? Podemos afirmarlo sin temeridad: para una innumerable multitud de fieles, el Espíritu Santo es

el *Dios desconocido* del que San Pablo encontró el altar al entrar en Atenas.

Conviene, sin embargo, observar—para no dar motivo a exageraciones o malentendidos—que la fórmula paulina *el Dios desconocido*, tomada en su sentido obvio, quiere decir, no ya que los paganos ignoren completamente la existencia de Dios, sino que no tenían una idea justa de sus perfecciones y obras, y, sobre todo, que no le rendían el culto que le era debido. Aplicada al Espíritu Santo como hacemos nosotros, la fórmula *Dios desconocido* no tiene nada de forzada. Conforme al concepto de San Pablo, quiere decir, no ya que los cristianos de nuestro tiempo ignoren la existencia y la divinidad del Espíritu Santo, sino que la mayor parte de ellos no tienen un conocimiento suficientemente claro de sus obras, de sus dones, de sus frutos, de su acción santificadora en la Iglesia y en las almas, y, especialmente, no le rinden el culto divino al que tiene derecho no menos que las otras dos personas de la Santísima Trinidad. En esto creemos que todos estaremos de acuerdo.

Veamos ahora las tristes y perniciosas consecuencias que se derivan de tamaña ignorancia.

Consecuencias funestas de este olvido

De todo cuanto acabamos de decir es evidente que el Espíritu Santo, en cuanto Dios, no puede experimentar ningún dolor o tristeza. Infinitamente feliz en sí mismo, no necesita para nada nuestro recuerdo o nuestros homenajes. Pero si, por un imposible, fuese accesible al dolor, no podría menos de experimentarlo muy intenso ante nuestro increíble desconocimiento y olvido de su divina persona. Podría repetir las mismas palabras que el salmista pone en boca del futuro Mesías abandonado de

su pueblo predilecto: «El oprobio me destroza el corazón y desfallezco; esperé que alguien se compadeciese, y no hubo nadie; alguien que me consolase, y no lo hallé» (Sal 69,21).

Este lamento está tanto más justificado si tenemos en cuenta el dolor—por decirlo así—que el Espíritu Santo debe de experimentar al no poderse expansionar, como quisiera ardientemente, sobre las almas y sobre el mundo cristiano. Nada hay ni puede haber de más difusivo que este divino Espíritu, que es personalmente el sumo bien; y, sin embargo, al tropezar con la rebeldía de nuestra libertad olvidadiza e indiferente, se siente como constreñido a replegarse y restringirse, a limitar su acción santificadora a muy contadas almas que le son enteramente fieles, a dar como con mano avara sus dones inefables, puesto que son muy pocos los que se los piden y menos todavía los que son dignos de ellos. Más aún: con frecuencia ve a los que son sus templos de carne y hueso—esos templos consagrados por El mismo con el agua del bautismo y santificados y embellecidos después de tantos modos—miserablemente profanados con los más sucios y repugnantes pecados, y se ve arrojado vilmente de estos templos para dar lugar al espíritu de la fornicación, del odio, de la venganza, de la soberbia y de todos los demás pecados capitales.

Pero mucho más que el propio Espíritu Santo deberían dolerse los propios cristianos al verse tan poco instruidos y dignos de un Dios tan grande. Porque esto significa, ante todo, ignorar o despreciar la fuente misma de la vida sobrenatural y divina.

La Iglesia, en su *Símbolo* fundamental, reconoce expresamente al Espíritu Santo este estupendo atributo de conferir a las almas la vida sobrenatural:

Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida («*Dominum et vivificantem*»). La dependencia de la vida sobrenatural de la divina virtud del Paráclito es un principio fundamental y eminentemente dinámico del cristianismo. Este principio, o mejor, la orientación práctica que de él se deriva, constituye el punto de partida de todo progreso espiritual, de la ascensión progresiva desde la común y simple vida cristiana hasta las formas más elevadas y sublimes de la santidad. Puede decirse que en esta palabra *vivificante*, referida al Espíritu Santo, está encerrada como en su germen toda la teología de la gracia. De donde resulta que, sin un adecuado conocimiento y culto del divino Espíritu, el germen de la vida cristiana, sobrenaturalmente infundido por El en el bautismo, se encuentra como paralizado o contrariado en su ulterior desenvolvimiento. El alma sufre, vegeta, se debilita y muy difícilmente podrá llegar jamás a la virilidad cristiana.

Los que no se preocupan—y son muchísimos, por desgracia—de conocer y adorar al Espíritu Santo, oponen entre El y su vida sobrenatural un obstáculo insuperable. Este mundo de la gracia, este verdadero y único consorcio del alma con Dios, con todos sus elementos divinos, con sus leyes maravillosas, con sus sagrados deberes, con su incomparable magnificencia, con su realidad eterna, con sus luchas, sus alegrías, sus alternativas y su fin; este mundo superior para el cual ha sido creado el hombre y en el que debe vivir, moverse y habitar, es como si no existiese para él. La noble emulación que de todo ello debería derivarse espontáneamente se cambia en fría indiferencia; la estima, en desprecio; el amor, en disgusto; el entusiasmo, en tedio y aburrimiento. Creado para el cielo, no

busca ni aprecia más que lo terreno, su vida se concentra en el mundo sensible y se convierte en puramente terrena y animal. No hay más que un medio para volverla práctica y profundamente cristiana: conocer, invocar, amar, vivir en unión íntima y entrañable con el Espíritu Santo, Señor y dador de vida: *Dominum et vivificantem*.

Vamos, pues, a abordar el estudio teológico-místico de la persona adorable del Espíritu Santo y de su acción santificadora en la Iglesia y en las almas a través de sus preciosísimos dones y carismas.

Ofrecemos estas páginas, una vez más, a la Inmaculada Virgen María, esposa fidelísima del Espíritu Santo, para que las bendiga y fecunde para gloria de Dios y santificación de las almas.

CAPÍTULO 1

EL ESPIRITU SANTO EN LA TRINIDAD

La doctrina católica nos enseña—como dogma primerísimo y fundamental entre todos—que existe un solo Dios en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Consta de manera clara y explícita en la divina revelación y ha sido propuesto infaliblemente por la Iglesia en todos los *Símbolos de la fe*. Por su especial explicitud y majestuoso ritmo recogemos aquí la formulación del famoso símbolo atanasiano *Quicumque*:

«Todo el que quiera salvarse, ante todo es menester que mantenga la fe católica; y el que no la guardare íntegra e inviolada, sin duda perecerá para siempre.

Ahora bien: la fe católica es que veneremos a un solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas ni separar la sustancia.

Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad.

Cual el Padre, tal el Hijo, tal el Espíritu Santo.

Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo.

Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo.

Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno, como no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso.

Igualmente, omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente.

Así, Dios es el Padre, Dios es el Hijo, Dios es el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios.

Así, Señor es el Padre, Señor el Hijo, Señor el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres señores, sino un solo Señor; porque así como por la cristiana verdad somos compelidos a confesar como Dios y Señor a cada persona en particular, así la religión católica nos prohíbe decir tres dioses y señores.

El Padre por nadie fue hecho, ni creado, ni engendrado. El Hijo fue por sólo el Padre, no hecho ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no fue hecho, ni creado, ni engendrado, sino que procede.

Hay, consiguientemente, un solo Padre, no tres Padres; un solo Hijo, no tres Hijos; un solo Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos.

Y en esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor; sino que las tres personas son entre sí coeternas y coiguales. De suerte que, como antes se ha dicho, en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad que la Trinidad en la unidad.

El que quiera, pues, salvarse, así ha de sentir de la Trinidad».

El Espíritu Santo es, pues, la tercera persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, no por vía de generación—como el Hijo es engendrado por el Padre—, sino en virtud de una corriente mutua e inefable de amor entre el Padre y el Hijo. Veamos, en brevísimo resumen, de qué manera se verifica la generación del Verbo por el Padre y la espiración del Espíritu Santo por parte del Padre y del Hijo en el seno de la Trinidad beatísima.

1. La generación del Hijo

He aquí una sencilla exposición popular al alcance de todos ¹:

«Si uno se mira en un espejo, produce una imagen semejante a sí mismo, pues se le asemeja no sólo en la figura, sino que imita también sus movimientos: si

MIRALLES SBERT, citado por Docete t.1 p.21 y 27.

el hombre se mueve, se mueve también su imagen. Y esta imagen tan semejante viene a ser producida en un instante, sin trabajo, sin instrumentos y con sólo mirar al espejo. De este modo podemos figurarnos que Dios Padre, contemplándose a sí mismo en el espejo de su divinidad con los ojos de su entendimiento y conociéndose perfectamente, engendra o produce una imagen absolutamente igual a sí mismo. Ahora bien, esta imagen es la figura sustancial del Padre, su perfecto resplandor..., expresión total de la inteligencia del Padre, palabra subsistente y única comprensiva, término adecuado de la contemplación de la soberana esencia, esplendor de su gloria e imagen de su sustancia». Es, sencillamente, su Hijo, su Verbo, la segunda persona de la Santísima Trinidad.

Esta generación es tan perfecta, que agota en absoluto la infinita fecundidad del Padre:

«Dios—dice Bossuet ²—no tendrá jamás otro Hijo que éste, porque es infinitamente perfecto y no puede haber dos como El. Una sola y única generación de esta naturaleza perfecta agota toda su fecundidad y atrae todo su amor. He aquí por qué el Hijo de Dios se llama a sí mismo el único: *Unigenitus*, con lo que muestra al mismo tiempo que es Hijo no por gracia o adopción, sino por naturaleza. Y el Padre, confirmando desde lo alto esta palabra del Hijo, hace bajar del cielo esta voz: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias». Este es mi Hijo, no tengo sino a El, y desde toda la eternidad le he dado y le doy sin cesar todo mi amor».

«La teología católica—añade monseñor Gay ³—enseña que Dios se enuncia a sí mismo eternamente en una palabra única, que es la imagen misma de su ser, el carácter de su sustancia, la medida de su inmensidad, el rostro de su belleza, el esplendor de su gloria. La vida de Dios es infinita: millones de palabras pronunciadas por millones de criaturas que disertaran acerca de El sabiamente durante millones de siglos, no serían bastantes para contarla. Mas esta Palabra única lo dice todo absolutamente. El que oye perfectamente este Verbo, no haría más que comprender

² BOSSUET, *Elevaciones sobre los misterios* sem. 2.^a elcy. 1.^o

³ MONSEÑOR GAY, *Elevaciones* 1,6.

todas las cosas; pues comprendería al Autor de las cosas y no quedarían para él secretos en la naturaleza divina. Pero sólo Dios oye eternamente la Palabra que El pronuncia. Dios la dice; ella dice a Dios; ella es Dios.»

Por su parte, Dom Columba Marmión expone la generación divina del Verbo en los siguientes términos⁴:

«He aquí una maravilla que nos descubre la divina revelación: en Dios hay fecundidad, posee una paternidad espiritual e inefable. Es Padre, y como tal, principio de toda la vida divina en la Santísima Trinidad. Dios, Inteligencia infinita, se comprende perfectamente. En un solo acto ve todo lo que es y todo cuanto hay en El; de una sola mirada abarca, por decirlo así, la plenitud de sus perfecciones, y en una sola idea, en una palabra, que agota todo su conocimiento, expresa ese mismo conocimiento infinito. Esa idea concebida por la inteligencia eterna, esa palabra por la cual Dios se expresa a sí mismo, es el Verbo. La fe nos dice también que ese Verbo es Dios, porque posee, o mejor dicho, *es* con el Padre una misma naturaleza divina.

Y porque el Padre comunica a ese Verbo una naturaleza no sólo semejante, sino idéntica a la suya, la Sagrada Escritura nos dice que *lo engendra*, y por eso llama al Verbo el *Hijo*. Los libros inspirados nos presentan la vez inefable de Dios, que contempla a su Hijo y proclama la bienaventuranza de su eterna fecundidad: «Del seno de la divinidad, antes de crear la luz, te engendré» (Sal 109,3); «Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias» (Mc 1,11).

Ese Hijo es perfecto, posee con el Padre todas las perfecciones divinas, salvo la propiedad de «ser Padre». En su perfección iguala al Padre por la unidad de naturaleza. Las criaturas no pueden comunicar sino una naturaleza semejante a la suya: *simili sibi*. Dios engendra a Dios y le da su propia naturaleza, y, por lo mismo, engendra lo infinito y se contempla en otra persona que es igual, y tan igual, que entrambos son una misma cosa, pues poseen una sola naturaleza divina, y el Hijo agota la fecundidad eterna; por lo cual es una misma cosa con

⁴ DOM COLUMBA MARMIÓN, *Jesucristo en sus misterios* 3,1.

el Padre: *Unigenitus Dei Filius... Ego et Pater unum sumus* (Jn 10,30).

Finalmente, ese Hijo muy amado, igual al Padre y, con todo, distinto de El y persona divina como El, no se separa del Padre. El Verbo vive siempre en la Inteligencia infinita que le concibe; el Hijo mora siempre en el seno del Padre que le engendra».

2. La procesión del Espíritu Santo

La fe nos enseña que el Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad, procede del Padre y del Hijo por una sublime espiración de amor. He aquí una exposición sencilla y popular del inefable misterio⁵:

«Para comprender un poco mejor esta inefable procesión de amor, dejemos por un momento la metafísica divina e interroguemos simplemente a nuestro corazón, y él nos dirá que en el amor consiste toda su vida.

El corazón late, late continuamente hasta que muere. Y en cada latido no hace sino repetir: Amo, amo; ésa es mi misión y única ocupación. Y cuando encuentra, finalmente, otro corazón que le comprende y le responde: «Yo también te amo», ¡oh, qué gozo tan grande!

Pero ¿qué hay de nuevo entre estos dos corazones para hacerlos tan felices? ¿Acaso el solo movimiento de los latidos que se buscan y confunden? No. Estoy persuadido que entre mí y aquella persona que amo existe alguna cosa. Esta cosa no puede ser *mi amor*, ni tampoco *el amor de ella*; es, sencillamente, *nuestro amor*, o sea, el resultado maravilloso de los dos latidos, el dulce vínculo que los encadena, el abrazo purísimo de los dos corazones que se besan y se embriagan: *nuestro amor*. ¡Ah, si pudiéramos hacerlo subsistir eternamente para atestiguar, de manera viva y real, que nos hemos entregado total y verdaderamente el uno al otro! Esta fatal impotencia, que, en los humanos amores, deja siempre un resquicio a incertidumbres crueles, jamás puede darse en el corazón de Dios.

Porque Dios también ama, ¿quién puede dudarlo? Es

⁵ ARRIGHINI, *Il Dio ignoto* p.33-35.

El, precisamente, el amor sustancial y eterno: *Deu caritas est* (1 Jn 4,16).

El Padre ama a su Hijo: ¡es tan bello! Es su propia luz, su propio esplendor, su gloria, su imagen, su Verbo...

El Hijo ama al Padre: ¡es tan bueno, y se le da íntegra y totalmente a sí mismo en el acto generador con una tan amable y completa plenitud!

Y estos dos amores inmensos del Padre y del Hijo no se expresan en el cielo con palabras, cantos, gritos..., porque el amor, llegando al máximo grado, no habla, no canta, no grita; sino que se expansiona en un aliento, en un soplo, que entre el Padre y el Hijo se hace, como ellos, real, sustancial, personal, divino: el Espíritu Santo.

He aquí, pues, con el corazón, mejor acaso que con el razonamiento metafísico, revelado el gran misterio: la vida de la Santísima Trinidad, la generación del Verbo por el Padre y la procesión del Espíritu Santo bajo el soplo de su recíproco amor. En la vida de la Trinidad existe como un continuo flujo y reflujo: la vida del Padre, principio y fuente, se desborda en el Hijo; y del Padre y del Hijo se comunica, por vía de amor, al Espíritu Santo, término último de las operaciones íntimas de la divinidad. Este Espíritu Santo, que goza así de la recíproca donación del Padre y del Hijo, su don consustancial, los reúne y mantiene, a su vez, en la unidad. Las tres personas, en posesión de la única sustancia divina, no son entre sí sino una sola cosa, un solo Dios verdadero».

En lenguaje más científico, pero con idéntica exactitud doctrinal, Dom Columba Marmión expone del modo siguiente la procesión divina del Espíritu Santo⁶:

«No sabemos del Espíritu Santo sino lo que la revelación nos enseña. ¿Y qué nos dice la revelación?

Que pertenece a la esencia infinita de un solo Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ese es el misterio de la Santísima Trinidad. La fe aprecia en Dios la unidad de naturaleza y la distinción de personas.

El Padre, conociéndose a sí mismo, enuncia, expresa ese conocimiento en una palabra infinita, el Verbo, con acto simple y eterno. Y el Hijo, que engendra el Padre,

⁶ DOM COLUMBA MARMIÓN, *Jesucristo, vida del alma* 6,1. —

es semejante e igual a El mismo, porque el Padre le comunica su naturaleza, su vida, sus perfecciones.

El Padre y el Hijo se atraen el uno al otro con amor mutuo y único. ¡Posee el Padre una perfección y hermosura tan absolutas! ¡Es el Hijo imagen tan perfecta del Padre! Por eso se dan el uno al otro, y ese amor mutuo, que deriva del Padre y del Hijo como de fuente única, es en Dios un amor subsistente, una persona distinta de las otras dos, que se llama Espíritu Santo. El nombre es misterioso, mas la revelación no nos da otro.

El Espíritu Santo es, en las operaciones interiores de la vida divina, el último término. El cierra—si nos son permitidos estos balbuceos hablando de tan grandes misterios—el ciclo de la actividad íntima de la Santísima Trinidad. Pero es Dios lo mismo que el Padre y el Hijo, posee como ellos y con ellos la misma y única naturaleza divina, igual ciencia, idéntico poder, la misma bondad, igual majestad.»

Esto es lo que la teología católica, apoyándose inmediatamente en los datos de la divina revelación, acierta a decirnos sobre el Espíritu Santo en el seno de la Trinidad Beatísima. Bien poca cosa, ciertamente, pero no sabemos más. Solamente cuando se disipen las sombras de esta vida mortal y se descorra el velo por medio de la visión beatífica, contemplaremos arrobados el inefable misterio, que hará eternamente felices a los bienaventurados moradores de la Jerusalén celestial.

CAPÍTULO 2

EL ESPÍRITU SANTO EN LA SAGRADA ESCRITURA

Como ya hemos dicho en el capítulo anterior, acerca del Espíritu Santo y de las otras dos divinas personas de la Santísima Trinidad, nada sabemos fuera de los datos que nos proporciona la divina revelación. La razón natural, abandonada a sus propias fuerzas, puede demostrar con toda certeza la existencia de Dios, deducida, por vía de causalidad necesaria, de la existencia indiscutible de las cosas creadas¹. El reloj reclama inevitablemente la existencia del relojero.

La demostración científica de la existencia de Dios nos lleva también al conocimiento científico de ciertos atributos divinos, tales como su simplicidad, inmensidad, bondad, eternidad, perfección infinita, etc. Pero de ningún modo nos puede llevar al conocimiento de las realidades divinas, que rebasan y trascienden la vía del conocimiento natural que el hombre puede obtener de la contemplación de los seres creados. Entre estas verdades infinitamente trascendentes figura, en primerísimo lugar, el inefable misterio de la trinidad de personas en Dios. Sin la divina revelación, la razón natural no hubiera podido sospechar jamás la existencia de tres distintas personas en la unidad simplicísima de Dios.

¹ Lo definió expresamente el concilio Vaticano I con las siguientes palabras: «Si alguno dijere que el Dios uno y verdadero, Creador y Señor nuestro, no puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana por medio de las cosas que han sido hechas, sea anatema» (D 1806).

Veamos, pues, lo que la Sagrada Escritura, que contiene el tesoro de la divina revelación escrita, nos dice acerca de la divina persona del Espíritu Santo. Vamos a verlo, por separado, en el Antiguo y Nuevo Testamento:

1. Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento no aparece con claridad y distinción la persona divina del Espíritu Santo, como tampoco las del Padre y el Hijo. Sin embargo, hay multitud de indicios y vestigios que, a la luz del Nuevo Testamento, aparecen como claras alusiones al Espíritu de Amor².

La expresión hebrea *ruah Yavé* (= espíritu de Dios) aparece en la Antigua Ley en diversos sentidos. Son cuatro los grupos principales que pueden establecerse:

a) En primer lugar, significa el viento, por el que Dios da a conocer su presencia, su fuerza o su ira. Así aparecerá incluso en el cenáculo el día de Pentecostés³.

Es también, ya desde el principio, el *soplo de vida* que Dios inspira en el hombre y hasta en los animales. Cuando Dios lo retira, sobreviene la muerte, y, si se lo da a los muertos, resucitan⁴.

Finalmente, en un sentido más amplio, es el *soplo creador*, el viento de Dios que hace salir al mundo de la nada⁵.

b) A veces hay ciertos fenómenos de carácter específicamente religioso que se presentan en dependencia muy íntima del *ruah Yavé*. Tales son, principalmente, el arte de los obreros del tabernáculo, el poder de gobernar al pueblo recibido por Moisés y transmitido por él a los ancianos y a Josué, la fuerza guerrera y el valor de los libertadores de Israel y, sobre todo, la inspiración profética. Esta es recibida individual o colectivamente, de un

² Cf. *Iniciación teológica* (Barcelona 1957) t.1 p.421ss.

³ Cf. Gén 3,8; Ex 10,13 y 19; 14,21; Sal 18,16; Act 2,2.

⁴ Cf. Gén 2,7; 7,15; Job 12,10; 34,14-15; Sal 104,29-30; Ez 37,1-14; 2 Mac 7,22-23.

⁵ Cf. Gén 1,2; Sal 33,6.

modo transitorio o también permanente, con o sin fenómenos exteriores, por los jefes del pueblo y por los ancianos, o por individuos que no pertenecen a la jerarquía; y se transmite por contagio o se traspasa ⁶.

c) En un tercer grupo de textos, el *ruah Yavé* se nos muestra como un *soplo de santidad*. En el *Miserere* de David aparece por primera vez la expresión «Espíritu Santo». Sus efectos son firmeza, buena voluntad, contrición y humildad, sumisión a la voluntad de Dios y enderezamiento de nuestro caminar, rectitud, justicia y paz, conocimiento de la voluntad divina y don de sabiduría. Los rebeldes, en cambio, los que forjan proyectos o establecen pactos sin ese Espíritu, acumulan pecados sobre pecados y constriñen al Espíritu Santo de Dios ⁷.

d) Finalmente, el *ruah Yavé* se nos presenta como un fenómeno esencialmente mesiánico, primero porque el Mesías será poseído sin límites por el Espíritu de Dios, y, además, porque en la época del Mesías se producirá una intensa efusión del Espíritu de Yavé ⁸.

2. Nuevo Testamento

Aquí es donde aparece la plena revelación del Espíritu Santo como tercera persona de la Santísima Trinidad. El Espíritu de Dios llena al Bautista antes de nacer, lleva a María el dinamismo del Altísimo, se transmite a Isabel, por contagio, y a Zacarías, descansa sobre Simeón ⁹.

Jesús tiene sobre sí el Espíritu de Dios, es «movido» por El, arrastrado por su dinamismo, con la plenitud que le confiere su doble cualidad de Mesías y de Hijo. Comienza su ministerio «lleno del Espíritu Santo», que posee como Hijo. Se lo enviará a sus apóstoles después de su ascensión y

⁶ Cf. Ex 31,3; Núm 11,16-17; 27,15-23; Jue 3,9-10; 6,34; 11,29; Núm 1,25; 19,20-24; 24,2; Gén 41,38; 2 Re 2,15; 1 Sam 19,24; Ez 1,28; 2,8; 3,22-27; 1 Sam 10,5-13; 2 Sam 23,1-2; Núm 11,26-29; 19,20-24; 2 Re 2,9-10.

⁷ Cf. Sal 51,12-14 y 18-19; Is 57,15; Sal 143,4,7 y 10; Is 32,15-17; Sab 9,17; Is 30,1; 63,10.

⁸ Cf. Is 11,1ss; 42,1ss; 32,1ss; 44,2-3; Ez 11,14ss; 36,26-27; Zac 12,10; 13,1-5.

⁹ Cf. Lc 1,15-17; 1,35; Mt 1,18-20; Lc 1,41-45; 1,67; 2,25-27.

les comunicará el dinamismo y ardor necesarios para llevar su testimonio hasta los confines de la tierra ¹⁰.

Se realizó el día de Pentecostés con viento y fuego, según la profecía de Joel, el anuncio del Bautista y la promesa de Jesús. Efusión primera, renovada luego colectivamente en ocasiones diversas, bien por iniciativa divina, bien a petición de los apóstoles, como donación directa de Dios, y, más precisamente, de Jesús, o mediante el rito de imposición de las manos ¹¹.

El Espíritu así recibido es un Espíritu profético, el que ha hablado por los profetas; es también un Espíritu de fe y de sabiduría o de dinamismo, como el de Cristo. Hace hablar en todas las lenguas y da la facultad de perdonar los pecados. Desciende de un modo permanente sobre todos los discípulos de Jesús, como sobre Jesús mismo; dirige constantemente a los apóstoles y a sus colaboradores como Maestro, pero también se le puede resistir ¹².

En su maravilloso sermón de la Cena, Jesús les dice a sus apóstoles que el Espíritu Santo les enseñará todas las cosas y les traerá a la memoria todo lo que El les ha dicho, les guiará hacia la verdad completa y les comunicará las cosas venideras; glorificará a Cristo, porque tomará de lo de El y lo dará a conocer a los apóstoles ¹³.

San Pablo precisa maravillosamente la teología del Espíritu Santo. Es el Espíritu de Dios y de Cristo; su operación es la misma que la del Padre y del Hijo y hace a los justos templos de Dios y del propio Espíritu Santo. Para los fieles, es el principio de la vida en Cristo, si bien es cierto que vivir en Cristo y en el Espíritu son una misma cosa. Es el distribuidor de todo don; escudriña los secretos de Dios; es el don por excelencia; nos mueve de forma que agradecemos a Dios y no debemos contristarle jamás ¹⁴.

Finalmente, la fórmula del bautismo, dictada por el mismo

¹⁰ Cf. Mt 3,16; Jn 1,32-33; Lc 4,1; 10,21; 4,14.16-21; Mc 3,11; Jn 16,7; Act 1,4-8.

¹¹ Cf. Act 2,1-4; 17-18; 11,6; 2,33; 11,15-16; 4,31; 8,14-19; 10,44-45; 11,15; 15,8; 8,14-19; 10,44-45; 2,23; 19,2-6.

¹² Cf. Act 2,4-11 y 17-18; 10,44.46; 1,16; 7,51; 6,5; 11,24; 6,3; 1,8; 4,31; 10,38; 2,4; Jn 20,21-23; 6,3-5; 1,2; 8,29; 10,19; 5,3-9; 17,51.

¹³ Cf. Jn 14,26; 16,13-14.

¹⁴ Cf. Rom 8,9-14; 1 Cor 2,10-14; 2 Cor 3,17; 1 Cor 12,3-13; 6,11; Tit 3,4-7; 1 Cor 6,19; 3,16; Rom 1,4; 8,1-16.22-27; Gál 4,6; 6,7-8; Ef 4,1-6; Rom 5,5; Ef 4,30.

Cristo, coloca al Espíritu Santo en un plano de igualdad con el Padre y el Hijo; y en las epístolas de San Pablo aparecen sin cesar asociadas las tres personas divinas. De este modo, el Espíritu de Dios, que se cernía sobre el caos primitivo en la aurora de la creación, aparece después como un ser *personal* que se manifiesta en la promoción de las almas fieles y de la sociedad cristiana, y que nos hace invocar con gemidos inenarrables la revelación de los hijos de Dios y la redención de nuestros cuerpos. El será quien realice la venida definitiva de Cristo¹⁵.

Estos son los datos fundamentales que nos proporciona la Sagrada Escritura acerca de la persona del Espíritu Santo. A base de ellos y de los que suministra la *tradición cristiana*—fuente legítima de la divina revelación al igual que la Biblia, en las debidas condiciones—han construido los teólogos la teología completa del Espíritu Santo en la forma que iremos viendo en las páginas siguientes.

¹⁵ Cf. Mt 28,19; Gál 4,6; Rom 8,14-17; 15,15-16; 1 Cor 12,4-6; 2 Cor 1,21-22; 13,13; Tit 3,4-6; Heb 9,14; Rom 8,26; Ap 22,17.

CAPÍTULO 3

DIFERENTES NOMBRES DEL ESPIRITU SANTO

Para conocer un poco menos imperfectamente la naturaleza íntima, propia o apropiada, de alguna de las personas divinas en particular, es muy útil y provechoso examinar los distintos nombres con que la Sagrada Escritura, la tradición y la liturgia de la Iglesia denominan a esa determinada persona, pues cada uno de ellos encierra un nuevo aspecto o matiz que nos la da a conocer un poco mejor. Para entender esto en sus justos límites es menester explicar la diferencia que existe entre las operaciones *propias* de cada una de las divinas personas y las que, aunque sean realmente comunes a las tres, se *apropian* a una determinada persona por encajar muy bien con las propiedades que le son peculiares y exclusivas. A este propósito escribe admirablemente el insigne abad de Maredsous¹:

«Como sabéis, *en Dios* hay una sola inteligencia, una sola voluntad, un solo poder, porque no hay más que una naturaleza divina; pero hay también distinción de personas. Semejante distinción resulta de las *operaciones* misteriosas que se verifican allá en la *vida íntima de Dios* y de las relaciones mutuas que de esas operaciones se derivan. El Padre engendra al Hijo, y el Espíritu Santo procede de entrambos. Engendrar, ser Padre, es propiedad personal y *exclusiva* de la primera persona; ser Hijo es propiedad *personal y exclusiva* de la segunda; y proceder del Padre y del Hijo por vía de amor es propiedad *personal y exclusiva* del Espíritu Santo. Esas propiedades personales establecen entre el Padre, el Hijo y el Espí-

¹ Cf. DOM COLUMBA MARMIÓN, *Jesucristo, vida del alma* 6,1.

ritu Santo relaciones mutuas, de donde proviene la distinción. Pero fuera de esas propiedades y relaciones *personales*, todo es común e indivisible entre las divinas personas: la inteligencia, la voluntad, el poder y la majestad, porque la misma naturaleza divina indivisible es común a las tres personas. He aquí lo poquito que podemos rastrear acerca de las operaciones íntimas de Dios.

Por lo que atañe a las obras *exteriores*, o sea las acciones que se terminan *fuera de Dios* (operaciones *ad extra*), ya sea en el mundo material—como en la acción de dirigir a toda criatura a su fin—, ya sea en el mundo de las almas—como en la acción de producir la gracia—, son comunes a las tres divinas personas. ¿Por qué así? Porque la fuente de esas operaciones *ad extra*, de esas obras exteriores a la vida íntima de Dios, es la *naturaleza divina*, y esa naturaleza es una e indivisible para las tres personas. La Santísima Trinidad obra en el mundo como una sola causa *única*.

Pero Dios quiere que los hombres conozcan y honren no sólo la unidad divina, sino también la trinidad de personas. Por eso la Iglesia, por ejemplo, en la liturgia, atribuye a tal persona divina ciertas acciones que se verifican en el mundo y que, si bien son comunes a las tres divinas personas, tienen una relación especial o afinidad íntima con el lugar—si así puedo expresarme—que ocupa esa persona en la Santísima Trinidad, o sea con las propiedades que le son peculiares y exclusivas.

Siendo, pues, el Padre fuente, origen y principio de las otras dos personas—sin que eso implique en el Padre superioridad jerárquica ni prioridad de tiempo—, las obras que se verifican en el mundo y que manifiestan particularmente el poderío, o en que se revela sobre todo la idea de *origen*, son atribuidas al Padre; como, por ejemplo, la creación, por la que Dios sacó al mundo de la nada. En el Credo decimos: «Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra». ¿Será, tal vez, que el Padre tuvo más parte, manifestó más su poder en esta obra que el Hijo y el Espíritu Santo? Error fuera el pensarlo. El Hijo y el Espíritu Santo actuaron en la creación del mundo tanto como el Padre, porque—como hemos dicho—en sus operaciones hacia fuera (*ad extra*) Dios obró por su omnipotencia, y la omnipotencia es común a las tres divinas personas. ¿Cómo, pues, habla de

ese modo la Iglesia? Porque, en la Santísima Trinidad, el Padre es la *primera* persona, principio sin principio, de donde proceden las otras dos. Esta es su propiedad personal exclusiva, la que le distingue del Hijo y del Espíritu Santo. Y precisamente para que no olvidemos esa propiedad se atribuyen al Padre las obras *exteriores* que nos la sugieren por tener alguna relación con ella.

Lo mismo hay que decir de la persona del Hijo, que es el Verbo en la Trinidad, que procede del Padre por vía de inteligencia, por generación intelectual, que es la expresión infinita del pensamiento divino, que se le considera sobre todo como Sabiduría eterna. Por eso se le atribuyen las obras en cuya realización brilla principalmente la sabiduría.

E igualmente, en lo que respecta al Espíritu Santo, ¿qué viene a ser en la Trinidad? Es el término último de las operaciones divinas, de la vida de Dios en sí mismo. Cierra, por decirlo así, el ciclo de esta intimidad divina; es el perfeccionamiento en el amor y tiene, como propiedad personal, el proceder a la vez del Padre y del Hijo por vía de amor. De ahí que todo cuanto implica perfeccionamiento y amor, unión y, por ende, santidad—porque nuestra santidad se mide por el mayor o menor grado de nuestra unión con Dios—, todo se atribuye al Espíritu Santo. Pero ¿es, por ventura, más santificador que el Padre y el Hijo? No, la obra de nuestra santificación es común a las tres divinas personas. Pero repitamos que, como la obra de la santidad en el alma es obra de perfeccionamiento y de unión, se atribuye al Espíritu Santo, porque de este modo nos acordamos más fácilmente de sus propiedades personales, para honrarle y adorarle en lo que del Padre y del Hijo se distingue.

Dios quiere que tomemos, por decirlo así, tan a pecho el honrar su trinidad de personas, como su unidad de naturaleza. Por eso quiere que la Iglesia recuerde a sus hijos, no sólo que hay un solo Dios, sino que ese único Dios es trino en personas.

Esto es lo que en teología llamamos *apropiación*. Se inspira en la divina revelación, y la Iglesia la emplea continuamente. Tiene por fin poner de relieve los atributos propios de cada persona divina. Al hacer resaltar esas propiedades, nos las hace también conocer y amar más y más.

Veamos, pues, ahora cuáles son los nombres que pertenecen al Espíritu Santo de una manera *propia* y perfecta, y cuáles otros sólo por una muy razonable *apropiación*.

1. Nombres propios de la tercera persona divina

Según Santo Tomás de Aquino, los tres nombres más propios y representativos de la tercera persona divina son: Espíritu Santo, Amor y Don². Vamos a examinarlos uno por uno.

1. ESPÍRITU SANTO.—Si se consideran por separado las dos palabras que componen este nombre, convienen por igual a las tres divinas personas; las tres son *Espíritu* y las tres son *santas*. Pero, si se las toma como un solo nombre o denominación, convienen exclusivamente a la tercera persona divina, ya que sólo ella procede de las otras dos por una común *espiración de amor* infinitamente *santa*³.

En torno a este nombre santísimo, la doctrina católica nos enseña:

1.º Que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo: «qui ex Patre. Filioque procedit». Está expresamente definido por la Iglesia (D 691) contra los ortodoxos griegos, que rechazan el *Filioque* y afirman que el Espíritu Santo procede únicamente del Padre.

2.º La doctrina católica es clara. Si, por un imposible, el Espíritu Santo no procediera también del Hijo, de ninguna manera se distinguiría de El. Porque las divinas personas no pueden distinguirse por algo *absoluto*—ya que entonces la esencia divina no sería una misma en todas ellas—, sino por algo *relativo* y opuesto entre sí, o sea por una relación de origen, que es, cabalmente, lo que constituye las personas divinas como distintas entre sí⁴.

3.º El Espíritu Santo no procede del Padre por el Hijo

² Cf. *Suma Teológica* I q.36 38.

³ Cf. I q.36 a.1c y ad 1.

⁴ Cf. I q.36 a.2; *De potentia* q.10 a.5 ad 4; *Contra Gent.* IV c.24.

en el sentido de que el Hijo sea causa final, formal motiva o instrumental de la espiración del Espíritu Santo en el Padre, sino en cuanto significa que la virtud espirativa del Hijo le es comunicada por el Padre⁵.

4.º El Padre y el Hijo constituyen *un solo principio* del Espíritu Santo, con una espiración única y común a los dos⁶.

5.º El Espíritu Santo no es hecho, ni creado, ni engendrado, sino que *procede* del Padre y del Hijo (D 39).

2. AMOR.—La palabra *amor*, referida a Dios, puede tomarse en tres sentidos:

a) *Esencialmente*, y en este sentido es común a las tres divinas personas.

b) *Nociogualmente*, y así conviene únicamente al Padre y al Hijo: es su amor *activo*, que da origen al Espíritu Santo.

c) *Personalmente*, y de esta forma conviene exclusivamente al Espíritu Santo, como término *pasivo* del amor del Padre y del Hijo⁷.

Puede afirmarse que *el Padre y el Hijo se aman en el Espíritu Santo*, entendiendo esta fórmula de su amor *nocional* u originante; porque en este sentido *amar* no es otra cosa que espirar el amor, como hablar es producir el verbo, y florecer es producir flores⁸.

3. DON.—Los Santos Padres y la liturgia de la Iglesia (*Veni, Creator*) emplean con frecuencia la palabra *don* para designar al Espíritu Santo, lo cual tiene su fundamento en la Sagrada Escritura (Jn 4,10; 7,39; Act 2,38; 8,20).

Hay que hacer aquí la misma distinción que en el nombre anterior. Y así:

a) *En sentido esencial* significa todo lo que graciosamente puede ser dado por Dios a las criaturas racionales

⁵ Cf. I q.36 a.3.

⁶ Cf. I q.36 a.4.

⁷ Cf. I q.37 a.1.

⁸ Cf. I q.37 a.2.

ya sea de orden natural o sobrenatural. En este sentido conviene por igual a las tres divinas personas y a la misma esencia divina, en cuanto que, por la gracia, puede la criatura racional gozar y disfrutar de Dios⁹.

b) En *sentido nocional u originante* significa la persona divina que, teniendo su origen en otra, es donada o puede ser donada por ella a la criatura racional. En este sentido, el nombre *don* solamente puede convenir al Hijo y al Espíritu Santo; no al Padre, que no puede ser donado por nadie, pues no procede de nadie.

c) En *sentido personal* es la misma persona divina a la cual conviene, en virtud de su propio origen, ser razón próxima de toda donación divina y de que ella misma sea donada de una manera completamente gratuita a la criatura racional. Y en este sentido *personal*, el nombre *don* corresponde exclusivamente al Espíritu Santo, el cual, por lo mismo que procede por vía de amor, tiene razón de *primer don*, porque el amor es lo primero que damos a una persona siempre que le concedemos alguna gracia¹⁰.

2. Nombres apropiados al Espíritu Santo

Son muchos los nombres que la tradición, la liturgia de la Iglesia y la misma Sagrada Escritura apropian al Espíritu Santo. Se le llama Espíritu Paráclito, Espíritu Creador, Espíritu Consolador, Espíritu de verdad, Virtud del Altísimo, Abogado, Dedo de Dios, Huésped del alma, Sello, Unión, Nexo, Vínculo, Beso, Fuente viva, Fuego, Unción espiritual, Luz beatísima, Padre de los pobres, Dador de dones, Luz de los corazones, etc.

Vamos a examinar brevemente los fundamentos de esos nombres apropiados al Espíritu Santo.

1. **ESPIRITU PARÁCLITO.**—El mismo Jesucristo emplea esta expresión aludiendo al Espíritu Santo (Jn 14,16 y 26; 15,26; 16,7). Algunos la traducen por la palabra *Maestro*, porque dice el mismo Cristo poco después que «os enseñará toda verdad» (Jn 14,26). Otros traducen por

⁹ Cf. I q.43 a. 2 y 3.

¹⁰ Cf. I q.38 c.1-2.

Consolador, porque impedirá que los apóstoles se sientan huérfanos con la suavidad de su consolación (Jn 14,18). Otros traducen la palabra *Paráclito* por *Abogado*, que pedirá por nosotros, en frase de San Pablo, «con gemidos inenarrables» (Rom 8,26).

2. **ESPIRITU CREADOR.**—«El Espíritu Santo—dice Santo Tomás—es el principio de la creación»¹¹. La razón es porque Dios crea las cosas por amor, y el amor en Dios es el Espíritu Santo. Por eso dice el salmo: «Envía tu Espíritu y serán creadas» (Sal 103,30).

3. **ESPIRITU DE CRISTO.**—El Espíritu Santo llenaba por completo el alma santísima de Cristo (Lc 4,1). En la sinagoga de Nazaret, Cristo se aplicó a sí mismo el siguiente texto de Isaías: «El Espíritu Santo está sobre mí» (Is 61,1; cf. Lc 4,18). Y San Pablo dice que, «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo» (Rom 8,9); pero «si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en vosotros..., dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su *Espíritu*, que habita en vosotros» (Rom 8,11).

4. **ESPIRITU DE VERDAD.**—Es expresión del mismo Cristo aplicada por El al Espíritu Santo: «El Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce» (Jn 14,17). Significa, según San Cirilo y San Agustín, el verdadero *Espíritu de Dios*, y se opone al *espíritu del mundo*, a la sabiduría embustera y falaz. Por eso añade el Salvador «que el mundo no puede recibir», porque «el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios. Son para él necedad y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente» (1 Cor 2,14).

5. **VIRTUD DEL ALTÍSIMO.**—Es la expresión que emplea el ángel de la anunciación cuando explica a María de qué manera se verificará el misterio de la Encarnación: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la *virtud del Altísimo* te cubrirá con su sombra» (Lc 1,35). En otros pasajes evangélicos se alude también a la «virtud de lo alto» (cf. Lc 24,49).

6. **DEDO DE DIOS.**—En el himno *Veni, Creator Spiritus*, la Iglesia designa al Espíritu Santo con esta misteriosa

¹¹ *Contra Gent.* IV c.20. Es admirable el comentario de Santo Tomás en este y en los dos capítulos siguientes.

expresión: «Dedo de la diestra del Padre»: *Digitus pater-nae dexteræ*. Es una metáfora muy rica de contenido y muy fecunda en aplicaciones. Porque en los dedos de la mano, principalmente de la derecha, está toda nuestra potencia constructiva y creadora. Por eso la Escritura pone la potencia de Dios en sus manos: las tablas de la Ley fueron escritas por el «dedo de Dios» (Dt 9,10); los cielos son «obra de los dedos de Dios» (Sal 8,4); los magos del faraón hubieron de reconocer que en los prodigios de Moisés estaba «el dedo de Dios» (Ex 8,15; Vulg. 19), y Cristo echaba los demonios «con el dedo de Dios» (Lc 11,20). Es, pues, muy propia esta expresión, aplicada al Espíritu Santo, para significar que por El se verifican todas las maravillas de Dios, principalmente en el orden de la gracia y de la santificación.

7. HUÉSPED DEL ALMA.—En la *secuencia* de Pentecostés se llama al Espíritu Santo «dulce huésped del alma»: *dulcis hospes animæ*. La inhabitación de Dios en el alma del justo corresponde por igual a las tres divinas personas de la Santísima Trinidad, por ser una operación *ad extra* (cf. Jn 14,23; 1 Cor 3,16-17); pero como se trata de una obra de amor, y éstas se atribuyen de un modo especial al Espíritu Santo, de ahí que se le considere a El de manera especialísima como huésped dulcísimo de nuestras almas (cf. 1 Cor 6,19).

8. SELLO.—San Pablo dice que hemos sido «sellados con el sello del Espíritu Santo prometido» (Ef 1,13), y también que «es Dios quien nos confirma en Cristo, nos ha ungido, nos ha sellado y ha depositado las arras del Espíritu en nuestros corazones» (2 Cor 1,21-22).

9. UNIÓN, NEXO, VÍNCULO, BESO...—Son nombres con los que se expresa la unión inseparable y estrechísima entre el Padre y el Hijo en virtud del Espíritu Santo, que procede de los dos por una común espiración de amor.

10. FUENTE VIVA, FUEGO, CARIDAD, UNCIÓN ESPIRITUAL. Expresiones del himno *Veni, Creator*, que encajan muy bien con el carácter y personalidad del Espíritu Santo.

11. LUZ BEATÍSIMA, PADRE DE LOS POBRES, DADOR DE BONES, LUZ DE LOS CORAZONES...—Todas estas expresiones las aplica la santa Iglesia al Espíritu Santo en la magnífica *secuencia* de Pentecostés, *Veni, Sancte Spiritus*.

Estos son los principales nombres que la Sagrada Escritura, la tradición cristiana y la liturgia de la Iglesia *apropia* al Espíritu Santo por la gran afinidad o semejanza que existe entre ellos y los caracteres propios de la tercera persona de la Santísima Trinidad. Todos ellos, bien meditados, encierran grandes enseñanzas prácticas para intensificar en nuestras almas el amor y la veneración al Espíritu santificador, a cuya perfecta docilidad y obediencia está vinculada la marcha progresiva y ascendente hacia la santidad más encumbrada.

EL ESPÍRITU SANTO EN JESUCRISTO

Después de haber estudiado brevemente la persona del Espíritu Santo en el seno de la Trinidad beatísima, a través de los datos de la Sagrada Escritura y de los diferentes nombres con que le denomina la misma Escritura, la tradición y la liturgia de la Iglesia, vamos a examinar ahora sus principales operaciones en la persona de Jesucristo, en la Iglesia y en el interior de las almas fieles.

Empecemos por nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Acerquémonos con respeto a la divina persona del Verbo encarnado para contemplar algo siquiera de las maravillas que en Él realizó el Espíritu Santo en el momento de la encarnación y a todo lo largo de su vida¹.

Los principales episodios de la vida de Jesús en los que concurrió más especialmente el Espíritu Santo son los siguientes: encarnación, santificación, bautismo en el Jordán, tentaciones en el desierto, transfiguración, milagros, doctrina evangélica y en todas sus actividades humanas. Vamos a recorrerlos uno a uno.

1. La encarnación

La obra maestra del Espíritu Santo es, sin duda alguna, su concurso decisivo en el misterio inefable de la encarnación del Verbo en las entrañas virginales de María. En realidad, la encarnación del Verbo es una operación divina *ad extra* y, por

¹ Cf. ARRIGHINI, o.c., p.153ss; DOM MARMIÓN, *Jesucristo, vida del alma* I 6. Citamos a trechos textualmente.

lo mismo, común a las tres divinas personas. Las tres divinas personas concurren de consuno a esta obra inefable, si bien hay que añadir en seguida que tuvo por término final únicamente al Verbo: el Verbo solo, el Hijo de Dios, fue únicamente quien se encarnó o hizo hombre². Pero aunque sea una obra realizada al unísono por las tres divinas personas, se atribuye de una manera especial al Espíritu Santo, y ello por una muy conveniente y razonable *apropiación*. Porque, siendo la encarnación del Verbo la mayor prueba de amor que Dios ha dado a sus criaturas racionales, hasta el punto de que llenó de admiración al propio Cristo—*Amó tanto Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito* (Jn 3,16)—, ¿qué de extraño tiene que se atribuya especialísimamente al Espíritu Santo, que es personalmente el Amor sustancial, el Amor infinito en el seno de la Trinidad beatísima? Así lo ha reconocido y proclamado siempre la tradición cristiana desde los tiempos apostólicos, y por eso ha repetido siempre en el *Símbolo de la fe*: «Creo en Jesucristo nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen». El Credo no hace sino repetir las palabras dirigidas a María por el ángel de la anunciación: «El Espíritu Santo se posará sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35).

De esta manera, la tercera persona de la Santísima Trinidad viene maravillosamente a ser fecunda no menos que las otras dos. De hecho, mientras la fecundidad del

² Para emplear una imagen de la que se sirvieron algunos Padres de la Iglesia, diremos que, cuando una persona se viste sus propios vestidos y es ayudada por otras dos, las tres concurren a la misma obra, aunque solamente una de ellas salga vestida. Claro que esta imagen, como cualquier otra que pudiera ponerse, es muy imperfecta y falla en muchos aspectos.

Padre aparece claramente en la generación eterna del Hijo, y la del Hijo en la procesión del Espíritu Santo juntamente con el Padre, el Espíritu Santo permanecía aparentemente estéril, ya que es imposible producir una cuarta persona en la Trinidad. Ahora bien: al consentir la Virgen María con su *fiat* a la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo, se convierte místicamente en la esposa del mismo divino Espíritu y le hace divinamente fecundo de una manera purísima y santísima, pero no menos real y verdadera. Es cierto y evidente que el Espíritu Santo no creó la divinidad del Verbo, sino sólo la humanidad de Jesús para unirla hipostáticamente al Verbo; ni tampoco creó la humanidad de su propia sustancia divina—lo que sería monstruoso y absurdo—, sino utilizando su divino poder sobre la sangre y la carne virginal de la inmaculada Madre de Dios. San Ambrosio expresó el gran misterio con estas sencillas y breves palabras: «¿De qué manera concibió María del Espíritu Santo? Si fue de su misma sustancia divina, habría que decir que el Espíritu se convirtió en carne y huesos. Pero no fue así, sino únicamente por su operación y poder»³. De esta manera—continúa el santo doctor—, de la carne inmaculada de una virgen viviente, el Espíritu Santo formó el segundo Adán, así como de una tierra virgen el Dios Creador formó el primero.

2. La santificación

Como enseña la teología católica y es doctrina oficial de la Iglesia, además de la gracia llamada *de unión* o hipostática, en virtud de la cual Cristo-hombre es *personalmente* el Hijo de Dios, su alma santísima posee con una plenitud inmensa la gracia *habitual* o *santificante*, cuya efusión en el alma de Cristo se atribuye también al Espíritu Santo⁴.

Para entender un poco esta doctrina, hay que tener en cuenta que en Jesús hay dos naturalezas distintas, perfectas entrambas, pero unidas en la

persona que las enlaza: el Verbo. La gracia *de unión* hace que la naturaleza humana subsista en la persona divina del Verbo. Esa gracia es enteramente única, trascendental e incommunicable: solamente Cristo la posee. Por ella pertenece al Verbo la humanidad de Cristo, que se convierte, por lo mismo, en humanidad del verdadero Hijo de Dios, y que es, por lo tanto, objeto de complacencia infinita para el Padre Eterno. Pero aun cuando la naturaleza humana esté unida de manera tan íntima al Verbo, no por eso es aniquilada ni queda inactiva; antes bien, guarda y conserva su esencia, su integridad, con todas sus energías y potencias; es capaz de acción, y la *gracia santificante* es la que eleva a esa humanidad santa para que pueda obrar *sobrenaturalmente*.

Desarrollando esta misma idea en otros términos, se puede decir que la gracia *de unión* o *hipostática* une la naturaleza humana a la persona del Verbo, y diviniza de ese modo el fondo mismo de Cristo: Cristo *es*, por ella, un «sujeto» divino. Hasta ahí alcanza la finalidad de esa gracia *de unión*, propia y exclusiva de Jesucristo. Pero conviene además que esa naturaleza humana la hermosee la *gracia santificante* para *obrar* de un modo sobrenatural o divino en cada una de sus facultades. Esa gracia *santificante*—que es connatural a la gracia *de unión*, esto es, que dimana de la gracia *de unión* de un modo natural en cierto sentido—, pone al alma de Cristo a la altura de su unión con el Verbo; hace que la naturaleza humana, que subsiste en el Verbo en virtud de la gracia *de unión*, pueda obrar cual conviene a un alma sublimada a tan excelsa dignidad y producir frutos divinos.

He ahí por qué no se dio tasada la gracia santificante al alma de Cristo, como a los elegidos, sino en sumo grado, con una plenitud inmensa. Ahora bien, la efusión de la gracia santificante en el alma de Cristo se atribuye al Espíritu Santo. El mismo

³ SAN AMBROSIO, *De Spiritu Sancto* II 5.

⁴ Hemos estudiado ampliamente todo lo relativo a la gracia de Cristo—de unión, santificante y capital—en otra de nuestras obras publicadas en esta misma colección de la BAC: ROYO MARÍN, *Jesucristo y la vida cristiana* n.75-98.

Cristo se aplicó a sí mismo en la sinagoga de Nazaret el siguiente texto mesiánico de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque El me ha consagrado con su unción y me ha enviado a evangelizar a los pobres...» (Is 61,1; Lc 4,18). Nuestro Señor hacía suyas las palabras de Isaías que comparan la acción del Espíritu Santo a una unción⁵. La gracia del Espíritu Santo se ha difundido sobre Jesús como aceite de alegría que le ha consagrado, primero, como Hijo de Dios y Mesías, y le ha henchido, además, en el momento mismo de la encarnación, de la plenitud de sus dones y de la abundancia de los divinos tesoros.

Porque no hay que olvidar que la gracia santificante jamás se infunde sola. Va siempre acompañada del cortejo riquísimo de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo. La gracia misma informa la esencia del alma, divinizándola y elevándola al orden sobrenatural; al paso que las virtudes y los dones informan las diversas potencias para elevarlas al mismo plano y hacerlas capaces de producir actos sobrenaturales o divinos.

Por eso el profeta Isaías, hablando del futuro Mesías, anuncia la plenitud de los dones con que será enriquecida su alma santísima: «Y brotará un retoño del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre El se posará el Espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y será henchido del espíritu del temor de Dios» (Is 11,1-3). La tradición cristiana ha visto siempre en este texto la plenitud de los dones del Espíritu Santo en el alma santísima de Cristo.

⁵ En la liturgia católica (*Veni, Creator Spiritus*) se llama al Espíritu Santo *espiritual unción* («*spiritualis unctio*»).

En nadie, jamás, tales dones han producido tan sublimes frutos de santidad. Aun en cuanto hombre, Jesús se presenta con una perfección tal que supera infinitamente a la de cualquier otro, por muy santo que sea. San Pablo se considera el menor de los apóstoles e indigno de ser llamado apóstol (1 Cor 15,9). San Juan afirma que, si alguno se considera sin pecado, se engaña a sí mismo y la verdad no está en él (1 Jn 1,8). «Yo no sé—escribe De Maistre—qué cosa será el corazón de un malhechor; no conozco más que el de un hombre honesto, y es espantoso»⁶. De modo semejante se han expresado siempre todas las conciencias rectas. No así Jesucristo. En El, nada de arrepentimiento, de deseo de una vida mejor. Lanza un reto a sus enemigos: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn 8,46), y ni los escribas y fariseos, ni Pilato, ni Herodes, ni ninguno de sus grandes enemigos han podido sorprenderle jamás en el menor pecado. La santidad de Jesús ha triunfado siempre: «El es santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos» (Heb 7,28), adornado de todos los dones y repleto de todos los frutos del Espíritu Santo. Todas las virtudes florecieron en El con la misma exuberante y gigantesca vegetación: ningún vacío, ni el mínimo lunar. Es la santidad perfecta, la santidad misma de Dios.

3. El bautismo

Los tesoros de santidad y de gracia que acabamos de recordar fueron derramados por el Espíritu Santo en el alma de Cristo en el momento mismo de la encarnación del Verbo en las entrañas virginales de María; pero entonces se realizaron de una manera callada y escondida a los ojos del mundo. Era conveniente, por lo mismo, que más tarde se manifestara públicamente su santidad infinita y fuera proclamada su divinidad por el mismo Padre Eterno en presencia del Espíritu Santo. Y esto,

⁶ JOSÉ DE MAISTRE, *Las veladas de San Petersburgo*.

precisamente, fue lo que ocurrió en el bautismo de Jesús por Juan el Bautista⁷.

La escena evangélica es de todos conocida:

«Vino Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él. Juan se oponía diciendo: Soy yo quien debe ser por ti bautizado, ¿y vienes tú a mí? Pero Jesús le respondió: Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia. Entonces Juan condescendió. Bautizado Jesús, salió luego del agua. Y he aquí que vio abrirse los cielos y al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre El, mientras una voz del cielo decía: 'Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias'» (Mt 3,13-17).

El Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, advierte hermosamente que, en el momento de su bautismo, fue convenientísimo que el Espíritu Santo descendiera sobre Jesús en forma de paloma, para significar que todo aquel que recibe el bautismo de Cristo se convierte en templo y sagrario del Espíritu Santo y ha de llevar una vida llena de sencillez y candor, como la de la paloma, como advierte el mismo Cristo en el Evangelio (Mt 10, 16)⁸. Y fue convenientísimo también que en el bautismo de Cristo se oyese la voz del Padre manifestando su complacencia sobre El; porque el bautismo cristiano—del que fue figura el del Bautista—se consagra por la invocación y la virtud de la Santísima Trinidad, y en el bautismo de Cristo se manifestó todo el misterio trinitario: la voz del Padre, la presencia del Hijo y el descenso del Espíritu Santo en forma de paloma⁹. Y nótese, finalmente, que el Padre se manifestó muy oportunamente en la voz; porque es propio del Padre engen-

⁷ Cf. *Suma Teológica* III q.39 a.8 ad 3.

⁸ Cf. III q.39 a.6c y ad 4.

⁹ Cf. III q.39 a.8.

drar al Verbo, que significa la Palabra. De ahí que la misma voz emitida por el Padre da testimonio de la filiación del Verbo¹⁰.

4. Las tentaciones en el desierto

Los tres evangelistas sinópticos—Mateo, Marcos y Lucas—relatan la misteriosa escena de las tentaciones que sufrió Jesús en el desierto por parte del diablo. Y los tres nos dicen que fue llevado o empujado al desierto por el mismo Espíritu Santo. He aquí sus propias palabras:

«Entonces fue llevado Jesús por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4,1).

«En seguida el Espíritu le empujó hacia el desierto. Permaneció en él cuarenta días tentado por el diablo» (Mc 1,12-13).

«Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto, y tentado allí por el diablo durante cuarenta días» (Lc 4,1-2).

El hecho de que fuera impulsado por el propio Espíritu Santo al desierto «para ser tentado por el diablo» plantea una serie de dificultades teológicas que es menester explicar para entender rectamente este misterioso pasaje evangélico.

En primer lugar cabe preguntar por qué el Espíritu Santo llevó o empujó a Jesús al desierto. ¿Tendría, acaso, el Hijo de Dios necesidad de someterse a la penitencia, al ayuno o, lo que resulta todavía más extraño, a las tentaciones del demonio?

Es evidente que no. San Pablo nos dice que, siendo Jesús «santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos, no tenía necesidad alguna de ofrecer víctimas cada día, como los pontífices, por sus propios pecados y por los del pueblo» (Heb 7,26). El mismo San Pablo nos da la verdadera explicación al de-

¹⁰ Cf. III q.39 a.8 ad 2.

cirnos que fue tentado para ayudarnos a nosotros a vencer las tentaciones (Heb 2,18) y compadecerse de nuestras flaquezas, siendo tentado en todo a semejanza nuestra (Heb 4,15).

Para darnos también un ejemplo eficaz de mortificación, durante los cuarenta días que permaneció en el desierto no comió absolutamente nada (Lc 4,2). Abandonándose al impulso del Espíritu Santo, que lo transportó a aquella naturaleza desértica y maldita, se segregó completamente del mundo exterior. No sintiendo siquiera tener un cuerpo que era menester alimentar y preservar de la injuria del clima y de las fieras, se entregó por entero a la oración y a los graves pensamientos que embargaban su espíritu a punto de comenzar su misión pública sobre el pueblo escogido. Por otra parte, recientes descubrimientos han demostrado que, aun prescindiendo de un socorro sobrenatural, el hombre puede vivir seis o siete semanas, e incluso algo más, sin recibir alimento alguno. Tal situación, sin embargo, debe tener un término necesariamente; y entonces la naturaleza violentada reclama sus derechos con una energía especial; por eso dice San Lucas expresamente que, al cabo de los cuarenta días, Jesús «tuvo hambre» (Lc 4,2). Fue éste el momento que el demonio escogió para dar una forma más precisa y violenta a las tentaciones con las cuales, quizá desde los primeros días del retiro, venía asediando a Jesús. Del mismo Evangelio, en efecto, parece desprenderse que tales tentaciones fueron sucediéndose durante todo el tiempo que Jesús pasó en el desierto (cf. Mc 1,13). Las tres que nos refieren los evangelistas en particular, y conocidas de todos, reunidas al término de los cuarenta días, serían un resumen o un ensayo de las otras.

En torno a estas misteriosas tentaciones ocurre preguntar también hasta qué punto pudieron influir en el alma de Cristo y hasta qué extremo le habría abandonado el Espíritu Santo a merced del espíritu del mal, y éste habría llegado a ofenderle.

Para resolver con acierto esta cuestión es menester tener en cuenta que son tres los principios de donde proceden las tentaciones que padecen los hombres: el mundo, el demonio y la propia carne o sensualidad, que constituye,

por lo mismo, los tres principales enemigos del alma.

Ahora bien, Cristo no podía sufrir los asaltos del tercero de esos enemigos, puesto que no existían en Él el *fomes peccati* ni la más ligera inclinación al pecado (cf. D 224). Tampoco podían afectarle para nada las pompas y vanidades del mundo, dada su clarividencia y serenidad de juicio. Pero no hay inconveniente alguno en que se sometiera voluntariamente a la sugestión diabólica, ya que es algo puramente *externo* al que la padece y no supone la menor imperfección en él. Toda la malicia de esta tentación pertenece exclusivamente al tentador ¹¹.

De todas formas, la explicación teológica de esta cuestión entraña una gran dificultad, por estar íntimamente relacionada con el misterio de la unión hipostática y con el de la unión esencial de las tres divinas personas entre sí. Es evidente, en efecto, que, si suponemos al alma de Cristo siempre igual y necesariamente iluminada por la comunicación directa del Verbo y por la efusión del Espíritu Santo, la tentación no podía ser para Él ni peligrosa ni meritória; no sería una lucha, sino una simple apariencia de lucha, una inútil y engañosa fantasmagoría. Si la irradiación divina perdura siempre del mismo modo y con la misma intensidad en el fondo de la conciencia del Salvador, no tienen significado real las manifestaciones de gozo o de tristeza tan profundamente expresadas en el Evangelio, sin excluir aquel último y supremo grito de angustia: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46).

— ¿Cómo puede explicarse todo esto? Los teólogos de todas las escuelas convienen en decir que, en las horas de la prueba, la divinidad se replegaba—por decirlo así— a la parte superior del alma de Cristo y se cubría como con un velo; o sea, que el Verbo y las otras dos personas divinas suspendían su comunicación luminosa y dejaban al alma humana de Cristo como a merced de sí misma. Así como una madre parece dejar a su hijito que haga por sí mismo la experiencia de sus propias fuerzas al dar los primeros pasos, retirando aparentemente la protección de sus manos maternas, pero permaneciendo vigilante y alerta para que el niño no caiga al suelo si, por desgracia, tropieza al echar a andar o a luchar contra un obstáculo, es evidente que el hecho de no caer o de triunfar

¹¹ Cf. III q.41 a.1 ad 3.

sobre el obstáculo constituye para el niño una victoria y un mérito, independientemente de que tuviera asegurada la protección de los brazos maternos si hubiera tenido necesidad de ellos. En las tentaciones de Jesús, la presencia del Verbo y de las otras dos personas de la Trinidad aseguraban siempre el triunfo más rotundo y absoluto; pero esto no obstante, el aislamiento momentáneo en que dejaban a su alma humana establecía un verdadero mérito y un indiscutible triunfo para ella. En aquellos momentos de prueba, Jesús parecía haber perdido sus poderes de Dios, para conservar únicamente la debilidad del esclavo; pero su humanidad santísima era tan pura y estaba tan bien custodiada por la divinidad, que resultaba absolutamente impecable.

Esto supuesto, he aquí las principales razones por las que Cristo quiso someterse de hecho a las tentaciones de Satanás¹²:

- a) Para merecernos el auxilio contra las tentaciones.
- b) Para que nadie, por santo que sea, se tenga por seguro y exento de tentaciones.
- c) Para enseñarnos la manera de vencerlas.
- d) Para darnos confianza en su misericordia, según las palabras de San Pablo: «No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes bien, fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado» (Heb 4,15).

5. La transfiguración en el Tabor

Los evangelios sinópticos describen con todo detalle la fulgurante escena de la transfiguración de Cristo en un «monte alto», que, probablemente, fue el Tabor. El rostro de Cristo se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz, en presencia de Pedro, Santiago y Juan; instantes después les cubrió una nube resplandeciente, y salió de ella una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias: escuchadle» (Mt 17,1-9).

¹² Cf. III q.41 a.1.

¿Por qué quiso Jesús transfigurarse de ese modo en presencia de sus tres discípulos predilectos? La razón histórica inmediata fue, sin duda alguna, para levantar el ánimo decaído de aquellos discípulos a quienes acababa de anunciar su próxima pasión y muerte (cf. Mt 16,21). Acababa también de decirles: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame» (Mt 16,24). Ante una perspectiva tan dura, es muy natural que experimentaran los discípulos cierto abatimiento y tristeza. Para levantarles el ánimo, Cristo les mostró, en la escena de la transfiguración, la gloria inmensa que les aguardaba si le permanecían fieles hasta la muerte¹³.

Pero lo que aquí nos interesa destacar es la presencia de toda la Trinidad Beatísima en la escena del Tabor. Se oye la voz del Padre—como en el bautismo de Jesús—en presencia de su Hijo muy amado y del Espíritu Santo, simbolizado en la nube resplandeciente. Escuchemos al Doctor Angélico exponiendo esta doctrina¹⁴:

«Así como en el bautismo de Jesús—en que se declaró el misterio de la primera regeneración—se manifestó la operación de toda la Trinidad, pues allí estaba presente el Hijo encarnado, apareció el Espíritu Santo en forma de paloma y el Padre se manifestó en la voz, así también, en la transfiguración—en la que se anunciaba el misterio de la futura glorificación—apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, y el Espíritu Santo en la nube resplandeciente. Porque así como en el bautismo confiere Dios la inocencia, designada por la simplicidad de la paloma, así en la resurrección dará a sus elegidos la claridad de la gloria y el refrigerio de todo mal, designados por la nube luminosa».

¹³ Cf. III q.45 a.1.

¹⁴ Cf. III q.45 a.4 ad 2.

6. Los milagros

Como ya vimos más arriba, en la sinagoga de Nazaret, Jesús se aplicó a sí mismo el siguiente texto mesiánico de Isaías:

«El Espíritu Santo está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

El Espíritu Santo—en efecto—estaba sobre Jesucristo cuando obraba sus grandes prodigios y milagros, como aparece claro en el modo de realizarlos. Porque los realizaba como dueño y señor de la naturaleza que el Espíritu Santo, con su soplo creador, había vivificado desde el principio. Los realizaba sin esfuerzo alguno, con la misma calma con que anunciaba al pueblo las bienaventuranzas. Y, para realizar tales maravillas, Jesús no tenía necesidad de suplicar a nadie, de recurrir al auxilio del cielo, como ocurre con los santos taumaturgos, en los que los dones del Espíritu Santo se encuentran en forma limitada y transitoria. Le basta una palabra, un gesto. Le dice al leproso: «Yo lo quiero, queda limpio». Y al instante quedó limpio de su lepra (Mt 8,2-3). Ordena al paralítico: «Levántate y anda», y al punto es obedecido (Jn 5,8-9). Grita a Lázaro: «¡Sal fuera del sepulcro!», y el muerto putrefacto se levanta de su tumba lleno de salud y de vida (Jn 11,43-44). Basta que extiende su mano, y las tempestades se calman, el agua se convierte en vino, los panes y peces se multiplican, los demonios huyen, los ángeles descienden del paraíso...

Y notemos aún que Jesús realiza todo esto no ya para gloria de otro, para probar la verdad de un mensaje ajeno,

para inspirar la confianza hacia el cielo, sino para su propia gloria, para probar la verdad de su propia religión, para inspirar la fe y la confianza en sí mismo; a fin de que El, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, con los que forma una sola cosa, sean reconocidos, amados y adorados. Se proclama a sí mismo, no menos que el Padre y el Espíritu Santo, la fuente de aquellos prodigios, y exclama: «El que cree en mí, hará también las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre» (Jn 14,12). Y, en efecto, los apóstoles y los santos han realizado también grandes prodigios, y acaso mayores aún que los de Cristo; pero siempre en nombre de Cristo, por la virtud de Cristo; por la fe en Jesucristo; *in fide nominis eius* (Act 3,16), mientras que el propio Cristo los realizaba por su virtud propia, por su propia fe por su propio divino poder, por el Espíritu Santo, que está y vive en El (Lc 4,18). Si bautiza, si arroja los demonios de los posesos, si sana a los enfermos, si confiere el poder de perdonar los pecados, es siempre en virtud del Espíritu Santo, con el que forma una sola cosa en unión con el Padre. Por eso quiere que se le adore y glorifique, hasta el punto de afirmar solemnemente: «Todo pecado y blasfemia será perdonada a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada. Quien hablare contra el Hijo del hombre, será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo, no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero» (Mt 12,31-32).

7. La doctrina evangélica

También en la sublime doctrina de Cristo se siente aletear continuamente al Espíritu Santo con sus dones de sabiduría, entendimiento, ciencia y consejo. Sus palabras están llenas del divino Espíritu en su forma y en su sustancia o contenido.

En primer lugar, en su forma exterior. Jamás pensamientos más sublimes, conceptos más profundos, fueron expresados con menos palabras; y jamás las palabras, tan pesadas y materiales por sí mismas, que constituyen la desesperación de los escri-

tores, fueron de tal modo idealizadas y vivificadas en el propio pensamiento. No es hiperbólica la espléndida afirmación del propio Jesucristo: «Mis palabras son espíritu y vida» (Jn 6,63), sino la expresión exacta de la más augusta realidad. La ciencia no ha podido encontrar todavía el modo de encerrar en un pequeño volumen el caudal inmenso de los conocimientos humanos; pero Jesucristo logró plenamente encerrar en pocas palabras claras, distintas, radiantes de luz, las leyes eternas de las cosas, los principios fundamentales de los individuos y de los pueblos, la vida y el progreso indefinido de la humanidad.

Otra característica impresionante de la doctrina de Cristo es su universalidad. No pertenece a una patria determinada: es de todas las naciones. No tiene edad; es de todos los tiempos. Cristo predicó su doctrina en Palestina hace veinte siglos. Pero todavía hoy no hay que cambiar uno solo de sus discursos, una sola de sus parábolas, de sus máximas, de sus sublimes enseñanzas. Y es porque su doctrina no es otra cosa que la genuina expresión de la verdad, y la verdad no cambia nunca por mucho que varíen los lugares y los tiempos.

La doctrina del Evangelio se revela divina y verdaderamente llena del Espíritu Santo también en su misma sustancia. Cada frase encierra tesoros de infinita sabiduría, gérmenes de vida siempre nueva y maravillosa. Cristo ha dicho: «Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que sufren persecución por la justicia». ¡Semillas maravillosas! ¿Quién podrá valorar las ricas mieses que han producido? De ellas han salido los apóstoles, los mártires, las vírgenes, los mejores bienhechores de la humanidad. Jesús sentenció: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», y estableció con ello las bases fundamentales de los dos poderes de donde procede la civilización humana. Ha proclamado: «Todos los hombres sois hermanos», trazando con ello las grandes

líneas de la igualdad social. Dijo también: «Padre nuestro, que estás en los cielos...», abriendo los corazones y los labios de todos a la más santa y eficaz de las oraciones. Con razón hemos dicho que cada una de sus palabras encierra un germen de progreso indefinido. La humanidad camina, camina velozmente sin cesar; bendice y aclama a su paso a los genios y a los héroes que se levantan para guiarla; pero muy pronto se olvida de ellos y les vuelve la espalda. La filosofía de Platón tuvo gran éxito en otras épocas, pero hoy ya no basta. La ciencia de Newton es admirable, pero fue superada. La geología de Cuvier levantó una revolución, pero ya nadie se acuerda de ella. Aristóteles, Copérnico, Galileo, Leibniz... están sobrepasados. Sólo Jesús y su doctrina—declara el propio Renán¹⁵—no serán jamás superados. ¿Qué hombre, qué época, qué sistema filosófico ha podido superar su pensamiento o ha sabido, al menos, comprenderlo enteramente y aplicarlo perfectamente a la vida? Que el mundo responda con su grito de angustia. Los hombres se han repartido los vestidos de Jesús, han echado suertes sobre su túnica incensútil; pero el espíritu que se agitó con tanta energía en El, ¿ha sido acaso agotado, poseído o comprendido por entero? De ninguna manera. Permanece todavía y permanecerá siempre inagotado e inagotable, porque es infinito como Dios, eterno como la verdad; porque no es otra cosa que el Espíritu Santo.

—Los mismos apóstoles, discípulos del divino Maestro, no acertaron siempre a comprenderlo, por lo que el mismo Maestro dejó al Espíritu Santo la tarea de completar sus enseñanzas: «El Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,26). Al Espíritu Santo deja Jesús el encargo y la gloria de completar su doctrina, de deducir las últimas consecuencias, de aplicarla prácticamente; lo cual, como es sabido, es siempre la parte más difícil y no puede hacerlo convenientemente sino aquel mismo del que procede tal doctrina. Y la doctrina evangélica, en efecto, no procedía menos del Verbo que del Espíritu Santo, siendo como son una sola cosa con el Padre.

¹⁵ RENÁN, *Vida de Jesús*.

8. Actividades humanas

Los evangelios nos muestran cómo el alma de Jesucristo, en toda su actividad, obedecía a las inspiraciones del Espíritu Santo. El Espíritu—como hemos visto—le empuja al desierto, donde será tentado por el demonio (Mt 4,1). Después de vivir cuarenta días en el desierto, el mismo Espíritu le conduce de nuevo a Galilea (Lc 4,14). Por la acción de este Espíritu arroja a los demonios del cuerpo de los posesos (Mt 12,28). Bajo la acción del Espíritu Santo salta de gozo cuando da gracias a su Padre porque revela los secretos divinos a las almas sencillas (Lc 10,21). Finalmente, nos dice San Pablo que la obra maestra de Cristo, aquella en la cual brilla más su amor al Padre y su caridad para con nosotros, el sacrificio sangriento de la cruz por la salvación del mundo, lo ofreció Cristo a impulso del Espíritu Santo: «El cual, mediante el Espíritu Santo, se ofreció a Dios cual hostia inmaculada» (Heb 9,14).

¿Qué nos indican todas estas revelaciones sino que el Espíritu de amor guiaba toda la actividad humana de Cristo? Sin duda alguna era el mismo Cristo, el Verbo encarnado, quien realizaba sus propias obras; todas sus acciones son acciones de la única persona del Verbo, en la que subsiste su naturaleza humana. Pero, esto no obstante, Cristo obraba siempre por inspiración y a impulsos del Espíritu Santo. El alma de Jesús, convertida en alma del Verbo por la unión hipostática, estaba además henchida de gracia santificante y obraba en todo momento por la suave moción del Espíritu Santo.

De ahí que todas las acciones de Cristo, aun las de apariencia más trivial, eran absolutamente santas. Su alma, aunque creada como todas las demás almas, era santísima. En primer lugar, por hallarse unida al Verbo; unida a una persona divina, tal unión hizo de ella, desde el primer momento de la encarnación, no un santo cualquiera, sino

el Santo por excelencia, el mismo Hijo de Dios. Era santa, además, por estar hermoseada con la gracia santificante en el sumo grado posible de perfección, lo que la capacitaba para obrar sobrenaturalmente en todo y en perfecta consonancia con la unión inefable que constituye su inalienable privilegio. Era santa, en tercer lugar, porque todas sus acciones y operaciones, aun cuando eran actos ejecutados únicamente por el Verbo encarnado, se realizaban bajo la moción e inspiración del Espíritu Santo, Espíritu de amor y santidad. El Hombre-Dios es, sin duda alguna, la obra maestra del Espíritu Santo.

principio de veras a la vida enteramente espiritual, celestial, angélica y divina que pide mi vocación cristiana.

¡Espíritu de santidad, conceded a mi alma el contacto de vuestra pureza, y quedará más blanca que la nieve! ¡Fuente sagrada de inocencia, de candor y de virginidad, dadme a beber de vuestra agua divina, apagad la sed de pureza que me abrasa, bautizándome con aquel bautismo de fuego cuyo divino bautisterio es vuestra divinidad, sois vos mismo! Envolved todo mi ser con sus purísimas llamas. Destruíd, devorad, consumid en los ardores del puro amor todo cuanto haya en mí que sea imperfecto, terreno y humano; cuanto no sea digno de vos.

Que vuestra divina unción renueve mi consagración como templo de toda la Santísima Trinidad y como miembro vivo de Jesucristo, a quien, con mayor perfección aún que hasta aquí, ofrezco mi alma, cuerpo, potencias y sentidos con cuanto soy y tengo.

Heridme de amor, ¡oh Espíritu Santo!, con uno de esos toques íntimos y sustanciales, para que, a manera de saeta encendida, hiera y traspase mi corazón, haciéndome morir a mí mismo y a todo lo que no sea el Amado. Tránsito feliz y misterioso que vos sólo podéis obrar, ¡oh Espíritu divino!, y que anhelo y pido humildemente.

Cual carro de divino fuego, arrebatadme de la tierra al cielo, de mí mismo a Dios, haciendo que desde hoy more ya en aquel paraíso que es su corazón.

Infundidme el verdadero espíritu de mi vocación y las grandes virtudes que exige y son prenda segura de santidad: el amor a la cruz y a la humillación y el desprecio de todo lo transitorio. Dadme, sobre todo, una humildad profundísima y un santo odio contra mí mismo. Ordenad en mí la caridad y embriagadme con el vino que engendra vírgenes.

Que mi amor a Jesús sea perfectísimo, hasta llegar a la completa enajenación de mí mismo, a aquella celestial demencia que hace perder el sentido humano de todas las cosas, para seguir las luces de la fe y los impulsos de la gracia.

Recibidme, pues, ¡oh Espíritu Santo!; que del todo y por completo me entregue a vos. Poseedme, admitidme en las castísimas delicias de vuestra unión, y en ella desfallezca y expire de puro amor al recibir vuestro ósculo de paz. Amén».

INDICE ANALITICO

	Págs.
INTRODUCCIÓN	3
CAPITULO 1.—El Espíritu Santo en la Trinidad ...	13
1. La generación del Hijo	14
2. La procesión del Espíritu Santo	17
CAPITULO 2.—El Espíritu Santo en la Sagrada Escritura	20
1. Antiguo Testamento	21
2. Nuevo Testamento	22
CAPITULO 3.—Nombres del Espíritu Santo	25
1. Nombres propios	28
2. Nombres apropiados	30
CAPITULO 4.—El Espíritu Santo en Jesucristo ...	34
1. La encarnación	34
2. La santificación	36
3. El bautismo	39
4. Las tentaciones en el desierto	41
5. La transfiguración	44
6. Los milagros	46
7. La doctrina evangélica	47
8. Actividades humanas	50
CAPITULO 5.—El Espíritu Santo en la Iglesia	52
1. La unifica	55
2. La vivifica	56
3. La mueve y gobierna	58
CAPITULO 6.—El Espíritu Santo en nosotros	61
I. La gracia santificante	61
1. Qué es	61
2. Efectos	66
II. La inhabitación trinitaria en el alma	70
1. Existencia	70
2. Naturaleza	71
3. Finalidad	75
4. Inhabitación y sacramentos	83
a) La Eucaristía	85
b) La confirmación	86

	<u>Págs.</u>
CAPITULO 7.—Acción del Espíritu Santo en el alma.	90
I. <i>Las virtudes infusas</i>	91
1. Naturaleza	91
2. Existencia	91
3. División	92
4. Cómo actúan	93
II. <i>Los dones del Espíritu Santo</i>	94
1. Los dones de Dios	95
2. Existencia	96
3. Número	97
4. Naturaleza	98
5. La moción divina de los dones	100
6. Necesidad de los dones	102
7. El modelo deiforme de los dones	105
III. <i>Los frutos del Espíritu Santo</i>	108
IV. <i>Las bienaventuranzas evangélicas</i>	109
CAPITULO 8.—El don de temor de Dios	111
1. ¿Es posible que Dios sea temido?	111
2. Diferentes clases de temor	112
3. Naturaleza	115
4. Su modo deiforme	115
5. Virtudes relacionadas	116
6. Efectos	120
7. Bienaventuranzas y frutos relacionados	123
8. Vicios opuestos	124
9. Medios de fomentar este don	125
CAPITULO 9.—El don de fortaleza	128
1. Naturaleza	128
2. Importancia y necesidad	131
3. Efectos	136
4. Bienaventuranzas y frutos correspondientes ...	139
5. Vicios opuestos	139
6. Medios de fomentar este don	140
CAPITULO 10.—El don de piedad	142
1. Naturaleza	142
2. Importancia y necesidad	143
3. Efectos	145
4. Bienaventuranzas y frutos correspondientes ...	149
5. Vicios opuestos	149
6. Medios de fomentar este don	151

	<u>Págs.</u>
CAPITULO 11.—El don de consejo	154
1. Naturaleza	154
2. Importancia y necesidad	155
3. Efectos	156
4. Bienaventuranzas y frutos correspondientes ...	159
5. Vicios opuestos	160
6. Medios de fomentar este don	160
CAPITULO 12.—El don de ciencia	163
1. Naturaleza	163
2. Importancia y necesidad	166
3. Efectos	167
4. Bienaventuranzas y frutos correspondientes ...	172
5. Vicios opuestos	172
6. Medios de fomentar este don	174
CAPITULO 13.—El don de entendimiento	177
1. Naturaleza	177
2. Necesidad	179
3. Efectos	181
4. Bienaventuranzas y frutos correspondientes ...	185
5. Vicios contrarios	186
6. Medios de fomentar este don	187
CAPITULO 14.—El don de sabiduría	190
1. Naturaleza	190
2. Necesidad	195
3. Efectos	196
4. Bienaventuranzas y frutos derivados	202
5. Vicios opuestos	202
6. Medios de fomentar este don	203
CAPITULO 15.—La fidelidad al Espíritu Santo ...	209
1. Naturaleza	210
2. Importancia y necesidad	211
3. Eficacia santificadora	215
4. Modo de practicarla	217
5. Cómo reparar nuestras infidelidades	225
6. Consagración al Espíritu Santo	229